

sus habitantes prueba nada en contra de nuestra opinion; porque Colon habia destinado previamente este nombre á los países que iba á descubrir. Hé aqui lo que dice su hijo don Fernando: « Como las Indias eran consideradas en todo el mundo por muy abundantes de oro y de toda clase de riqueza, quiso dar el mismo nombre á las tierras que intentaba descubrir, para obligar á Castilla en favor de su empresa por la esperanza de un gran provecho (1). » Es indudable que por un momento, la fisonomía tan caracterizada de Cuba le inclinaba á creer que acababa de llegar á la extremidad del continente asiático; pero más á menudo se ve por sus notas espontáneas, que pensaba haber aportado en las costas de un mundo totalmente nuevo. Fuera de esto, en este primer viaje, el Contemplador de la naturaleza no procuraba describir sino tan sólo enumerar las regiones halladas por sus carabelas.

### § VI.

Dirigiéndose el Almirante hacia la invisible Babeca, descubrió al Sudeste una tierra que los indios le dijeron ser Bohio, donde se comía á los hombres. Parecian tener horrible miedo á los habitantes de *Caniba* (2), que vivian en aquella isla ó sus cercanías. Sostenian que aquellos feroces ladrones, alimentados con carne humana, tenian cabeza de perro y un solo ojo en medio de la frente. Cuando vieron que el Almirante á pesar de sus indicaciones emprendia la ruta de Bohio, el espanto les anonadó hasta el punto de quitarles el habla. Impelida la *Santa María* por viento recio desplegó todas sus velas. Las corrientes eran favorables, y se vieron rápidamente trasladados á esa isla misteriosa. Habiendo empero sobrevenido la noche, se viró y reviró varias veces para esperar el día.

El 6 de diciembre entró el Almirante en una ensenada que puso bajo la advocacion de la Virgen. Al Sudeste de dicha ensenada se adelantaba un cabo hermosísimo, al que llamó Cabo de la Estrella en honor de Maria, la dulce Estrella del mar. Viéronse tambien varios promontorios y abras á los que tambien dió nombre. Continuó navegando sin perder de vista la costa, y, « á la hora de visperas (2) »

(1) Fernando Colon, cap. vi, edicion francesa, bajo este titulo: LA VIDA DE CRISTÓBAL COLON Y EL DESCUBRIMIENTO que hizo de las Indias Occidentales, llamadas vulgarmente el Nuevo Mundo.— Traducción del provenzal *Cotolendy*.—Paris, en casa de Claudio Barbin, 1681.

(2) De ahí se deriva el nombre de *canibal*, equivalente á antropófago.

(3) La piedad de Colon, su costumbre de rezar regularmente el oficio, á las horas fijadas por la Regla de los Franciscanos, le hizo involuntariamente designar en su diario de bordo « *la hora de las Visperas* » para indicar el momento de la tarde que reservaba á ese religioso deber. Esta expresion se le escapó varias veces, sin que lo recelara.

echó el ancla en un puerto admirable por la seguridad y magnificencia del sitio, al que llamó San Nicolás en honra del Santo cuya fiesta era aquel día. Colon declaraba que despues de todo lo que habia dicho de los puertos de Cuba, podia con justicia ensalzarse tambien este: « mil carracas podrian virar en él con toda comodidad. »

El viérnes, 7 de diciembre, se hicieron á la vela para seguir la costa al Noreste. A lo léjos se descubrian, en las tierras, elevadas montañas y en los llanos intermedios, campiñas y colinas cuyo puerto y tintas recordaban las de Castilla. Observó el Almirante unos árboles que se parecian á las encinas, carrascas y madroños de España. Encontró la temperatura más fresca que en Cuba. Al anoecer, entró en una ensenada que llamó la Concepcion. Queriendo examinar el Almirante los peces de aquellas nuevas aguas, mandó colocar redes en su bote, y ántes de entrar en él, cayó un sargo en la embarcacion de un salto impetuoso que dió. Era enteramente igual á los de las costas de España. Los marinos cogieron salmones, sardinas, lenguados y otros peces semejantes á los de Castilla. El aspecto general de aquel país, así por el cultivo como por su disposicion natural, diferia de la fisonomía tropical de Cuba, y recordaba de un modo vago la de Castilla.

El 8 de diciembre, día de la Concepcion, una violenta lluvia, acompañada de viento, retuvo á todos á bordo. El Almirante pudo entregarse libremente á su tierna devocion á la Virgen Santísima. Impidiéndole la frecuencia de los chaparrones empavesar los buques, durante las horas de los oficios mandó hacer salvas en honra de Maria.

El día siguiente continuó la lluvia. La humedad, la forma de las nubes, el aspecto de la atmósfera, recordaban á los españoles el cielo de Andalucía en el mes de octubre. Las llanuras que se descubrian presentaban tambien cierto parecido á las de Castilla; y á causa de esta dulce semejanza, el Almirante dió el nombre de « isla Española » á esa isla cuyo nombre primitivo era múltiple para los indigenas. Unos la llamaban *Bohio*, que significaba « casa ó vasta habitacion; » otros, en menor número, la llamaban *Haiti*, que quiere decir « tierra elevada; » la mayor parte la llamaban *Quisqueya*, palabra que equivale á « la gran tierra ó el gran todo; » porque aquellos pueblos no conocian tierra más extensa.

El 12 de diciembre consagró el Almirante su toma de posesion de la isla Española por un signo que era natural en su piedad. En presencia de las dos tripulaciones, mandó plantar en la entrada del puerto, en una elevacion que se veia de muy léjos, una Cruz muy grande, no simplemente para consignar desde mayor altura los derechos de Castilla, y su toma de posesion, sino PRINCIPALMENTE, dice él, POR SEÑAL DE JESUCRISTO NUESTRO SEÑOR Y HONRA DE LA CRISTIANDAD (1). »

(1) « Y principalmente por señal de Jesucristo Nuestro Señor, y honra de la cristiandad. » — *Miércoles, 12 de diciembre.*

Al cabo de seis días había intentado inútilmente entrar en relaciones con los naturales, quienes huían luégo que se aproximaban los extranjeros, porque todas sus habitaciones apartadas estaban dispuestas de manera que desde léjos veían si álguien se dirigía hacia ellas. Luégo despues de terminada la ceremonia religiosa, lograron apoderarse de una mujer que llevaron á bordo de la *Santa María*. «Era muy hermosa y muy jóven, y llevaba en la nariz un arete de oro,» lo que era de buen agüero. Conversó con los indios de las carabelas, porque le era familiar su idioma. El Almirante mandó que la vistieran á la europea, que la adornasen con abalorios de Venecia, cascabeles, sortijas de laton, y la envió á sus hogares, acompañada de tres indios que debían conferenciar con los habitantes. Pero á los tres intérpretes los detuvo el miedo, no se atrevieron á seguir á la jóven hasta su morada, y regresaron á las carabelas á las tres de la madrugada.

El Almirante envió nueve hombres armados, resueltos é inteligentes, con un indio por intérprete, para observar el país y ponerse en relacion con los indígenas. Á cuatro leguas y media de distancia encontraron una aldea desierta. Los habitantes habían huído al notar á los extranjeros, despues de haber escondido debajo de tierra todo cuanto poseían. El intérprete indio echó á correr para alcanzarles, gritándoles que volvieran, que los cristianos no eran de *Caniba*, ántes al contrario, que llegaban del cielo y daban cosas muy hermosas á cuantos encontraban. Poco á poco se aproximaron los indígenas, y en número de más de dos mil rodearon á los nueve españoles, á quienes miraban con veneracion acompañada de miedo. Sacaban de sus chozas los mejores alimentos para ofrecerlos á los huéspedes venidos del cielo. Miéntras tanto llegó gran muchedumbre de gente que llevaba respetuosamente sobre sus hombros á la india que había recibido los regalos del Almirante. Llevaban delante de ella con gran ceremonia parte de sus joyas; una multitud inmensa, guiada por el afortunado marido, iba á las carabelas á dar gracias por sus bondades al jefe de los hombres del cielo. Creyendo el intérprete haber comprendido á bordo que el Almirante deseaba un papagayo domesticado, expresó su deseo, y al punto se los trajeron de todas partes, como mero regalo, sin querer aceptar nada en cambio.

Los nueve españoles regresaron con aquel cortejo. En su camino observaron magnificas comarcas y campos cultivados más hermosos que la campiña de Córdoba. Los árboles estaban llenos de hojas verdes y cargados de frutas, á pesar de hallarse entónces á mediados de diciembre, y las yerbas altas y floridas como en Castilla en el mes de abril.

El viérnes el Almirante emprendió otra vez su marcha en busca de la isla de Babeca, tan extremadamente elogiada por los indios con respecto al oro; pero las contrariedades del viento le llevaron á la isla de la Tortuga, fértil, muy cultivada, y que recordaba también confusamente la tierra de Córdoba.

El 16, aproximándose el Almirante á la isla Española, encontró un bote guiado

por un solo indio. Admiró la audacia del insular, que, en aquel frágil esquife, desafiaba un viento tan recio. Recogiólo en su carabela con su miserable embarcación, colmóle de bondades, dióle bolas de vidrio, cascabeles, sortijas de laton, y le hizo llevar á tierra cerca del pueblo donde residía. Despues echó el ancla en un puerto cercano al que llamó «Puerto de la Paz,» y esperó.

Muy pronto se realizó lo que había previsto el Almirante. El indio puso de manifiesto aquellos regalos desconocidos, reunió á sus compatriotas á su alrededor, y les ponderaba la munificencia de los hombres bajados del cielo. No obstante, no tuvo la alegría de comunicarles una novedad; porque la llegada de los viajeros celestiales había resonado ya en aquellos sitios, y el anuncio del acontecimiento se propagaba con prontitud de uno á otro pueblo. Más de quinientos insulares acudieron al fondeadero. Había entre ellos algunas mujeres de notable belleza quienes llevaban en las orejas y nariz láminas de oro muy fino, de las cuales se desprendieron con mucha prontitud, porque no tenían otra cosa que ofrecer. El Almirante encargó muy expresamente que se les tratara á todos con la mayor afabilidad, como si ya fueran cristianos, «porque son, escribía á los Reyes, las mejores gentes del mundo, y, sobre todo, porque tengo grande esperanza en Nuestro Señor que Vuestras Altezas les harán todos cristianos (1).»

Segun Las Casas, en aquel momento, «creía el Almirante estar más cerca de los lugares donde la tierra ocultaba sus mayores riquezas, y que Nuestro Señor iba á conducirle al sitio donde nace el oro (2).»

El 18 de diciembre, luégo que rayó el alba, fiel el Almirante á su devocion á la Virgen, mandó empavesar las dos carabelas y saludar con su artillería aquel día en que la piedad de los españoles conmemora la Anunciacion en la iglesia de Santa María de la O (3). Despues de «la hora de visperas;» llegó el jóven rey de la comarca llevado en un palanquín, escoltado por una guardia de honor de doscientos hombres, y acompañado de dos graves personajes, quizás sus ministros, y á lo ménos sus consejeros. En aquel momento cenaba el Almirante en la sala del castillo de popa. El rey no quiso que se le diera aviso de su llegada. Entró en la sala con ademan desembarazado, dirigióse al Almirante, saludóle córtésmente, sentóse cerca de él, y, con un gesto, mandó á sus guardias que se retiraran, lo que hicieron con pruebas de profundo respeto. Sólo retuvo á los dos personajes impor-

(1) «Y sobre todo, que tengo mucha esperanza en Nuestro Señor que Vuestras Altezas los harán todos cristianos.»—*Domingo, 16 de diciembre.*

(2) «Y creía el Almirante que estaba muy cerca de la fuente, y que Nuestro Señor le había de mostrar donde nasce el oro.»—*Lunes, 17 de diciembre.*

(3) Esta iglesia, edificada en una montaña, cerca de Segovia, se llama de *Santa María de la O* á causa de las rocas que la rodean, en forma de una O.

tantes, que se sentaron á sus piés. El Almirante mandó servirle al instante creyendo que él se convidaba á cenar; pero no hizo más que arrimarse á los labios lo que se le ofrecía; pareció hacerlo únicamente para corresponder á la galantería del Almirante, y envió lo demas á las personas de su comitiva. Al levantarse de la mesa, y á una señal que hizo, uno de sus oficiales le presentó un ceñidor adornado con dos chapas de oro de trabajo delicado. El jóven rey lo ofreció al Almirante, quien, despues de haberlo aceptado amablemente, le enseñó la carabela, y le acompañó á su camarote. Como el jóven rey miraba con envidia el cubrecama, se lo regaló el Almirante, añadiendo al presente que le hacía un collar de hermosas cuentas de ámbar que tenía en el cuello, borceguies de color encarnado, y un frasco de agua de flores de azahar, esperando que con aquellos regalos se conciliaría su benevolencia y le atraería más fácilmente al cristianismo.

Mostróle el Almirante el Crucifijo, los retratos de los reyes de España, hablóle de su grandeza, de su poderío; pero el monarca y sus consejeros creían que los reinos de aquellos soberanos estaban en el cielo, y no en este mundo. Cuando el rey bajó al bote para volver á su palanquin, se le hicieron los honores militares.

Despues que hubo salido, presentóse á bordo su hermano con semblante obsequioso y humilde hasta la bajeza, mendigando algunas baratijas. Por él se supo que, en el lenguaje del país, los reyes se llamaban Caciques. Si aquel día no pudo el Almirante obtener oro, en cambio oyó hablar de él extensamente. Un indigena anciano llegó á hablarle de cierta «isla toda de oro,» y de otras en las que abundaba dicho metal hasta el punto de no tener que hacer sino tomarse la molestia de recogerlo. Se le fundía, se hacían barras de él, etc.

No quiso partir el Almirante sin honrar tambien en aquella costa el emblema de la Redencion. Mandó construir una Cruz muy grande y la plantó en el mismo centro de la tribu, para familiarizarla de antemano con aquel signo. Los indigenas convinieron en ello prontamente. Arrodilláronse ante aquel símbolo sagrado cuya significacion ignoraban, procurando imitar los movimientos y palabras de los españoles durante sus preces. Juzgando el porvenir por estas felices disposiciones, Colon «esperaba en Nuestro Señor que todas aquellas islas se harían cristianas (1).»

El día siguiente por la noche, hiciéronse á la vela para continuar el reconocimiento de la costa de la Española.

En todo el día inmediato se doblaron varios cabos y se visitaron excelentes anclajes.

El viérnes, 21 de diciembre, descubrió el Almirante un puerto incomparable-

(1) «Espera en Nuestro Señor el Almirante que todas aquellas islas han de ser cristianas.»—*Mártes, 18 de diciembre.*

mente superior á todos los que él había elogiado tanto. En aquel sitio no hubo necesidad de llamar á los indigenas. La fama había precedido á los hombres venidos del cielo. Á las diez de la noche, un bote cargado de curiosos impacientes atracó junto á las carabelas. La mañana siguiente una muchedumbre extraordinaria cubría la playa. Hombres y mujeres ofrecían á los extranjeros celestiales, unos un poco de oro, otros una calabaza de agua fresca y pan de batata de gusto agradable. Parecían poseer muy poco. «Hombres y mujeres estaban desnudos como al salir del seno de su madre,» dice Colon, y recomendó la mayor decencia para con los sencillos hijos de la naturaleza.

El Almirante recibió reiteradas súplicas para que se dignara visitar una tribu vecina, ántes de abandonar aquellas playas, y como se hallaba precisamente en el camino que debía seguir, accedió á ello. El Cacique, que había salido á su encuentro, le esperaba rodeado de los suyos, en una colina, sentado en la arena, donde se agitaba una multitud deseosa de verle. Todos rogaban al jefe de los viajeros del cielo que no se fueran de allá y se quedaran entre ellos. Pero los mensajeros de otro Cacique se presentaron tambien á suplicarle que no se marchara sin que su amo hubiese podido verle. El Almirante condescendió de buena gana á la peticion. El Cacique había hecho preparar grandes cantidades de viveres, de los que sobrecargó las embarcaciones españolas. Á su vez quisieron sus vasallos dar provisiones y papagayos. Pedían á voz en grito que el Almirante no se marchara ya de allí, y al ver que se embarcaba á pesar de sus instancias, le siguieron en botes hasta las carabelas. Colon les trató con mucha benevolencia, distribuyóles cuentas de vidrio, sortijas de laton y cascabeles, no porque le importunaran para tener estas cosas, dice Las Casas, sino «porque aquello le pareció conveniente y les miraba ya como cristianos.»

No cabe ninguna duda que el anuncio de aquellos maravillosos extranjeros preocupaba hasta á los pueblos lejanos de la isla; porque, durante la corta ausencia del Almirante, otro Cacique de la parte Oeste había ido directamente á los buques para verle. Y otro Cacique, residente á tres leguas del puerto, había ido la vispera á hablarle de varios trozos de oro.

El sábado, 22 de diciembre, el jefe de aquella region, el gran cacique Guacanagari, jóven y gracioso soberano, en su deseo de ver tambien á los hombres bajados del cielo, envió á uno de sus principales empleados para invitar al Almirante á que condujera sus buques cerca de su residencia, y le ofreció un cinturon del que pendía á manera de bolsa, una máscara de madera sutil, pero cuyas grandes orejas, lengua y ojos eran de oro puro. Este enviado no comprendía mucho el idioma de los indios de San Salvador, pero estos tampoco entendían mejor el suyo, de donde resultó que pasaron parte del día haciéndose inútiles preguntas; siendo preciso que Colon, aclarando sus recíprocas equivocaciones, adivinara por sus